

literatura

Donde acaba el deseo

Sergio González Rodríguez

No se necesita citar a ningún filósofo célebre para saber que el amor es un gran malentendido. Si a esto se agrega que alguien lo orilla a uno a expresar puntos de vista, impresiones o chistes sobre el amor se redondea el escenario del absurdo o la imaginación. El colmo de todo viene cuando al tema del amor se le encadena la literatura, y entonces se roza el abismo donde aguarda el lugar común, la palabra con pretensiones sublimes, la confesión familiar o el desparpajo como estrategia defensiva. El amor desde la literatura es una suma, de malentendidos. No porque no puedan hacerse referencias literarias sobre ese tema de temas, sino porque en la convocatoria de los grandes teóricos —y para muestra basta un botón— hay algo de optimismo vergonzante, ese acto de protegerse en el fichero para hablar del amor. De nada sirve invocar a Denis de Rougemont, a Stendhal, a Fromm, a Barthes, a Kristeva, a Alberoni. Tampoco sirve acogerse a la sabiduría de los amorosos de Sabines, a San Álvaro Carrillo, o la fresca inteligencia del pensador inglés que responde al nombre de Johnny Walker. Como se ve, y como se suele experimentar, el amor está en la zona de la vida que más atrae por lo que representa de contrario a toda certeza: la incertidumbre, la ambigüedad, lo múltiple, lo perverso, el gozo de lo contradictorio.

¿En qué consistiría el gran malentendido del amor? En que, contra la idea mustia de que el amor es algo desinteresado que se vive en favor del otro, la realidad muestra que casi nadie se enamora de otro sino de la imagen que tiene del otro. El imaginario de los enamorados es tan potente que el hábito consigue ganarle la partida al deseo y las promesas o la nube del futuro a la riqueza del azar momentáneo. Por eso los amores se acaban mucho antes de lo que quieren aceptar los involucrados: los amores se acaban cuando se destruye por alguna razón la imagen que se tiene del amante. El amor es el estuche de la fantasía íntima y pobre de aquel que no actúe en consecuencia, será inferior al sueño del amante; sin darse cuenta terminará solitario e indigente.

El amor se vuelve literatura sólo como memoria. En este sentido hay quienes viven los amores perdidos al modo que los escritores se comportan frente a sus libros impresos. Algunos amantes se niegan a reconocer el monstruo doméstico que construyeron con otro, que dejaron crecer con pedazos inconexos de esperanza o complacencia contumaz hasta que adquiriera rango de Frankenstein, y al que aprendieron a solapar por cada mirada de melancolía y cementerio anticipado que expresaba. Poco a poco supieron domar al monstruo y entregarle la comida enlatada de sus resignaciones. Esos amantes quisieran corregir en la distancia las líneas escritas, el vocabulario o el fraseo arrítmico de una vida en común, quisieran resituar algunos datos y mejorar párrafos completos, o cancelar otros donde al amparo de una magia imposible pudiera recomponerse el pasado. La idea que siguen es corregir por siempre el mismo libro en lugar de escribir uno nuevo, y si encuentran otro amor, vuelven sobre sus pasos: han escrito el único libro que los acompañará siempre.

Otros amantes, en cambio, deciden olvidar con radical entereza su pasado; cancelan amores como algún escritor cancela libros escritos y aborda géneros distintos, juega a la versatilidad, inventa mundos frescos o aparece y reaparece ante sus lectores con disfraces o prestidigitaciones asombrosas. Esos amantes logran borrar de su vida personas completas, viajes, cuartos de relumbre antiguo, caricias que administraron, y se comportan ante el presente con la elegancia cínica que sólo igualaría un adúltero impune. Cada amor se convierte en una obra diferente que se aprovecha de las experiencias en la medida del olvido.

Sin duda pueden reconocerse otros amantes que no pertenecen a los que se encierran en el pasado o los que hacen de la amnesia una obra de arte. En los amantes que son terceros en discordia late la indecisión, el placer de entrar al amor con ganas de hallar sorpresas, de resbalar, de tener miedo, de ser infieles, de hacer que el deseo anide en sus bolsillos, de frotar el talismán del dolor a fuerza de negarse al sufrimiento, de urdir proyectos vencidos de antemano, de guardar en un puño los días antiguos y también el instante, esa paradoja que se dice fácil y cuesta a veces una vida ya no entenderla, sino coexistir con ella cuando se le descubre.

No debiera hablarse del amor sin un recuerdo de los amantes fallidos o inconclusos. No nada más porque el mundo está lleno de ellos sino porque son la muestra viviente de nuestros límites amorosos. La idea de los amores logradísimos, de las pasiones plenas, de los amantes estatuarios en la sabiduría erótica, o de las historias al borde del puro sentimiento, resulta al final una idea predecible y vana como la retórica

mala. Parece que lo esencial aguarda en lo contrario de los valores hechos y derechos, en los herejes que contradicen el dogma del amor y en lugar de la vida en pareja persiguen la soledad. Hay mejores lecciones de amor en un solitario que en una pareja, en un infiel que en un monógamo. De ahí que los amantes preferibles sean de algún modo los renuentes a toda seguridad: son ellos y ellas quienes desatan el deseo ajeno.

No es extraño que el relato de Hermann Broch titulado *Zerline* —fragmento de la novela *Los inocentes*— crezca con el tiempo y sea reputado como la más bella historia de amor de la literatura alemana del siglo XX: se trata de un fragmento extraído del olvido, de la muerte, el estigma del deseo y el rencor, de la conjura destructiva con el hilo de la culpa. La espléndida acrobacia de un furor posesivo y lúcido que desdeña cualquier enseñanza edificante. El amor desde la literatura llamaría a señalar lo inasible donde se funde el peso del cuerpo y las levitaciones trascendentales: no puede darse una cosa sin otra. Y el cuerpo es la geografía de los erráticos, de los resentidos, de los volátiles y los aviesos que sin embargo quisieran perdurar en aquello que es maligno sin maldad: el deseo en su pureza. El amor hondo es privilegio de los ganosos, como el vicio y la virtud lo es de unos cuantos selectos.

Imaginemos la escena donde un amante se despide del amor que sospecha irrepetible: un cuarto silencioso y desnudo aunque esté lleno de muebles y objetos, un puñado de cartas que secretan su rumor inerme, una tonada atmosférica que podría ser “Round Midnight” de Thelonious Monk, “Will you love me tomorrow?” de Carole King o “Así estoy yo sin ti” de Joaquín Sabina. Y en el alma la oquedad que desemboca en el estómago como callejón de mala muerte apenas iluminado por un foco. Esa escena que todos vivimos en algún momento con matices distintos, lleva algo de parodia, de chiste malo, de lugar común, de contradicción, de pedantería precaria, de tango mexicano, de felicidad en gotero, de película de suspenso no exenta de humor. Entonces cada quien se siente capaz de quemar afectos igual que algunos escritores queman sus manuscritos, porque al fin pueden leer el mensaje cifrado con tinta invisible sobre sus actos pretéritos y que dice así: la literatura comienza donde acaba el deseo.